



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 34

El alumbramiento

— ¡Ah! Mierda...

Se encontraba en el baño cuando Noriko se apoyó sobre la taza, respiraba entrecortadamente y observó el suelo, donde se había formado un charco.

Al oír el grito, la puerta se abrió de golpe y Saito observó la escena.

— Creo que... he roto aguas...

Sin decir nada Saito se dirigió a ella y la tomó en brazos dispuesto a llevársela corriendo.

— Espera, espera, ¡la bolsa!

A toda prisa, Saito también cogió la bolsa donde estaba todo preparado y se dirigió velozmente hacia la azotea, desplegando sus descomunales alas doradas para dirigirse al hospital.

— Aguanta, ya falta poco.

Habían pasado tres días desde la batalla y los hospitales aún seguían saturados de gente herida, por lo que al llegar, observaron mucho movimiento. Con cuidado, Saito dejó a Noriko

en una silla y se dirigió al mostrador. Al otro lado un enfermero no paraba de moverse de un lado a otro, con prisa.

— Eh... ¡Eh!

— ¿Qué quiere? — el enfermero parecía que iba a explotar de los nervios que tenía. Al ver que Saito señalaba a Noriko, este negó con la cabeza.

— Lo siento, tendrá que esperar, ahora mismo estamos hasta arriba y...

Sin más, Saito agarró al enfermero de la camiseta y tiró de él hacia sí, quedando cara a cara.

— Escúchame bien chico, mi mujer está a punto de dar a luz, ella te salvó el culo en la batalla y yo te partiré los dientes si ahora mismo no la lleváis al paritorio, ¿ha quedado medianamente claro?

Entonces el enfermero les reconoció y enseguida gritó.

— ¡Traed una silla! Hay que llevar a esta mujer arriba, ¡ya! — luego observó a Saito y dijo por lo bajo — Joder, creí que los ángeles eran buenas personas...

— No todos. — contestó Saito con sorna.

Una vez en la planta correspondiente, indicaron a Saito que esperase un momento en una sala mientras metían a Noriko dentro. Le habían dicho que le harían pasar en breve por lo que se dejó caer en una silla, resoplando. Allí también había mucha gente esperando para ser atendida y muchos médicos que iban de un lado a otro.

Pero en medio de todo aquel caos, Saito se dio cuenta de algo. Tras pasarse las manos por la cara se fijó bien a su alrededor y luego miró al frente.

Estaba sentado en el mismo sitio, en la misma sala. Lo recordaba perfectamente.

Aquel primer encuentro con Noriko, antes del salto en el tiempo, cuando esperaba el resultado de aquel fatal accidente que casi se lleva la vida de Dayu y Seiya. Estuvo allí mismo, sentado durante horas, y no pudo evitar fijarse en ella.

Ahora, en el asiento de enfrente, estaba sentada una niña acompañada por sus padres. Esta se sujetaba un brazo que al parecer tenía herido.

— Noriko, ya sé que te duele, pero tendrás que esperar un poco, ¿de acuerdo cariño? Enseguida vendrá un médico...

Sin pensarlo dos veces, Saito se incorporó y se adelantó unos pasos, agachándose para quedar junto a la niña.

— ¿Cómo te llamas?

— No... Noriko — dijo con un hilo de voz.

— ¿Es usted médico? — se interesó enseguida su madre.

Pero Saito no contestó. Observó el brazo que la niña mantenía sujeto con unos vendajes mal puestos y tomó su mano. La herida se cerró al instante. La niña abrió mucho los ojos y las vendas cayeron al suelo.

— ¡Mamá! ¡Papá! Ya no me duele.

— Sr. Saito.

Anunció una voz. Este se puso en pie.

— Por favor, sean discretos. No puedo hacer esto con todo el mundo. Cuídate Noriko. Y por cierto... ¡Bonito nombre! — terminó diciendo a la par que se alejaba por un pasillo.

Rápidamente, Saito siguió al enfermero y acto seguido se encontraba al lado de Noriko, que ya estaba empujando en un mar de sudores. En ese momento, su pelo negro estaba alborotado y parecía la niña del exorcista.

— ¡Te odio! ¡Te odio!

— ¿A quién se lo dice? —preguntó el enfermero que intentaba calmarla.

— Me lo dice a mí — respondió Saito como si nada mientras se ponía detrás de ella para que se apoyase contra él. Tomó sus manos y Noriko se las agarró con una fuerza increíble. — Sí, sí, yo también te quiero, pero ahora tienes que concentrarte y procurar relaja...

— ¡Cómo quieres que me relaje! ¡Voy a tener un maldito bebé!

Saito sabía que Noriko en verdad decía todo eso por el dolor que estaba aguantando, por lo que no pudo evitar, a través de sus manos, imbuirla un poco de su "anestesia" particular.

Por suerte, no duró mucho. Aquel bebé nació para asombro de los médicos y enfermeros presentes, pues no era un recién nacido normal y corriente.

Tenía alas. Unas alitas diminutas de color gris con vetas doradas que aún mantenía pegadas a la espalda, pero en cuanto el médico le dio un pequeño azote, el bebé lloró y desplegó las mismas.

— Un momento, ustedes son... Es verdad ¡ahora les recuerdo de la rueda de prensa!

Todos estaban presenciando lo que pocos humanos habían visto, el nacimiento de un ángel puro.

Cuando Noriko tomó a su hijo en brazos, su gesto cambió radicalmente. Ya no estaba angustiada, ni dolorida, ni enfadada. Saito se acercó a ellos.

— ¿Cómo quieres llamarle? —preguntó. Pues era un tema del que no habían hablado.

— Alejandro — dijo Noriko sin titubear.

— Hola Álex — saludó entonces Saito mientras dejaba que el bebé atrapase uno de sus dedos.

— Álex... — susurró Noriko. De repente parecía haber caído en la cuenta de algo. — Saito, ese chico que apareció de repente...

— Noriko, hay una larga historia que debo contarte, pero tenemos tiempo. Ahora creo que lo mejor es que nos vayamos a casa. Aquí estamos generando mucha expectación y no me sorprendería que la prensa estuviese esperando fuera.

De pronto, alguien irrumpió precipitadamente en la sala.

— Saito, Noriko... siento llegar tarde — dijo Seiya casi sin aliento. — Recibí el aviso pero fuera es un absoluto caos, hay mucha gente y está la televisión y...

— Cálmate chico — Saito se acercó a él y le puso una mano en el hombro — Mira, este es Álex.

Seiya cambió su gesto en cuanto vio al bebé. A pesar de estar pasando por un momento tan duro y difícil, ver aquel niño le hizo sentir bien. Fue el único momento que le vieron sonreír, cuando le tomó en brazos.

— Supongo que no hay más remedio que acallar a la prensa. Seiya, sostén por favor a Álex, yo me encargo de Noriko. Hablaré con ellos y luego nos iremos a casa.

Dicho esto, Saito se dirigió a su mujer dispuesto a tomarla en brazos.

— Puedo caminar... además no quiero ser una carga.

Saito la tomó de la barbilla e hizo que le mirase a los ojos, la chica no podía con eso.

— No eres ninguna carga. Vamos.

La tomó en brazos y Noriko se murió de vergüenza en cuanto salieron por la puerta. Numerosos periodistas y cámaras se acercaron de inmediato a ellos haciendo preguntas.

— ¡Sr. Saito! ¿Es cierto lo que dicen los rumores? En la batalla que mantuvieron con Lord Azazel, ¿murió el ángel Matsumura?

— La ausencia de Dayu Matsumura es un duro golpe para todos nosotros. — respondió Saito.

— ¿Quiere eso decir que lo confirma?

En ese instante Saito observó a Seiya. Este abrió un poco la boca pero un nudo en la garganta le impedía hablar. Se miraron y Seiya tenía aquella expresión triste, carente de vida, pues el amor de su vida no estaba junto a él. Saito prosiguió.

— Matsumura se enfrentó a Lord Azazel y consiguió acabar con él. Hizo lo mismo con el padre de este, Lucifer, dando su vida por salvar a la humanidad. Es todo cuanto necesitan saber. Gracias.

Dicho esto, Saito desplegó las alas y Seiya le imitó.

— Gracias a ustedes y... ¡enhorabuena por el bebé!

Levantaron el vuelo y se alejaron rápido de allí.

No muy lejos, un Álex ya adulto estuvo observando todo. Ahora no había dudas. La situación no había cambiado y cuando se encontró con Seiya, no hizo falta decir nada, pues la expresión de Álex era más que suficiente.

Habían fracasado en su misión.

— No puedo más... Álex. No puedo competir contra el mundo y sería muy egoísta por mi parte... Supongo que todo ha acabado, no puedo cambiar su destino ni aunque lo intentase un millón de veces. Simplemente, no puedo...

Se abrazaron.

— Hiciste lo que pudiste, Seiya. Por favor, no te atormentes más. Volvamos a casa.

Seiya asintió.

— Álex, hay algo que debo decirte... sobre Kenji.

— Por favor, no digas nada, solo quiero ir a casa, a nuestra época...

Ambos se miraron y respiraron hondo, ya no tenían nada que hacer allí. Seiya cerró los ojos y tomó las manos de Álex, con fuerza. Contó hacia atrás.

Tres...

Dos...

Uno...

Todo giró alrededor. Al ser un viaje más largo resultó mucho más agotador, sobre todo para Seiya. Emplear aquel poder mermaba mucho sus fuerzas y, después de aquello, no podría utilizarlo durante largo tiempo. Cuando todo se paró, Seiya simplemente no pudo soportarlo y se desmayó.

Estaban en un dormitorio, por lo que, con cuidado, Álex le tumbó en la cama y le dejó allí, ya que tardaría horas en despertar debido a aquel increíble esfuerzo. Sin embargo, Álex no podía descansar, no hasta averiguar algo.

Mientras avanzaba por los pasillos que conformaban la increíble mansión de la Frontera, se tocó el bolsillo. Las gafas de Kenji aún estaban ahí. Tenía un mal presentimiento. Si Kenji y su padre eran prácticamente como hermanos y estaban tan unidos, le resultaba ahora muy extraño no haberle conocido en su presente. Además recordó que su padre siempre iba a

visitar el mismo sitio una vez al año, un sitio que se encontraba allí mismo. Álex tragó saliva y dirigió sus pasos al cementerio, rezando para que estuviese equivocado.

Sabía perfectamente el lugar por haber visto a su padre estar allí más tiempo de lo normal, aunque él siempre se mantenía alejado mientras le observaba.

Fue comprobando las lápidas una por una. Hasta que se detuvo.

Al ver el nombre de Kenji justo en la tumba que tenía enfrente, sintió que algo se derrumbaba por dentro, pues aquel sentimiento era mucho más fuerte de lo que creía en un principio.

Con gran pesar, Álex sacó de su bolsillo las gafas y las puso cuidadosamente encima de la lápida de mármol. Se limpió con la manga una lágrima que corría velozmente por su mejilla.

— ¿Sabes? No sé si me acostumbraré a esto. Aunque tener alas es una pasada.

Álex se giró de inmediato. Reconoció aquella voz y casi no podía creerlo. Kenji estaba ahí plantado como si nada, mostrando unas increíbles alas de color castaño. Sin poder evitarlo, Álex rompió a llorar y le abrazó con fuerza.

— ¡Idiota! ¡Creí que estabas muerto!

— Lo estuvo. — dijo otra voz.

Ambos dejaron de abrazarse y Álex observó a sus padres. Saito prosiguió hablando mientras sujetaba a Noriko por la cintura.

— Justo antes de morir de una grave enfermedad, Kenji me confesó... lo vuestro, así que... — señaló sus alas como indicando lo obvio. Saito le había dado la oportunidad de vivir como un ángel y aquello era un regalo que muy pocos elegidos podían disfrutar. — Además, ¿quién soy yo para intentar romper el hilo del destino? Verdad ¿Noriko?

Esta asintió sonriente y luego preguntó.

— ¿Cómo está Seiya?

— Le he dejado en su habitación, está profundamente dormido, cayó exhausto justo cuando volvimos.

— Quizás sea mejor así — terminó diciendo Saito mientras se giraba para observar la puerta de la verja.

Ese día, había mucha más niebla de lo normal.

Epílogo

Abrí lentamente los ojos y me sentí confuso. Estaba en la cama y noté como si hubiese despertado de un sueño, o de una pesadilla, mejor dicho. No, mi pesadilla era el presente, pues me di cuenta de que estaba solo en mi cama. No entiendo que ha ocurrido, pero enseguida me incorporé como activado por un resorte. ¿Dónde estaba Álex? Tenía que haber vuelto conmigo... ¿Acaso me equivoqué de fecha? Consulté la pantalla del despertador que estaba sobre la mesita. Debajo de la hora se reflejaba claramente el día que era.

13 de Mayo de 2.031

Es correcto... he vuelto, aunque no de la forma en la que me imaginaba. Habían transcurrido veinte años y todo, absolutamente todo seguía oliendo a él, las malditas sábanas, todo. Era desconcertante. Pero pronto me di cuenta de nuevo.

Debo encontrar a Álex, se supone que teníamos que haber aparecido juntos.

Me vestí a toda prisa y busqué el pendiente. Al abrir la caja donde suelo guardarlo me alarmé, pues no estaba ahí. Me toqué la oreja, no lo tenía puesto. Me asusté pensando que lo había perdido, pero más tarde lo buscaría, ahora lo importante era encontrar a Álex por lo que, con pasos apresurados, me dirigí a su habitación, atravesando el gran pasillo de la mansión en mi lugar de residencia, aquel lugar en mitad de la Nada y que era el centro de todo, la Frontera.

En el pasillo tropecé con algo y observé el suelo. Era un muñeco que no había visto antes.

¿Será de Noriko? Me pregunté. No le di importancia y al llegar frente a la habitación de Álex golpeé con los nudillos. Nadie contestó y entré. Estaba vacía. Qué raro, ¿dónde están todos?

De nuevo me invadió la angustia.

— "No ha servido de nada, no puedes cambiar su destino, Seiya."— Recordé amargamente mientras las lágrimas afloraron de nuevo. Tragué la bilis que subía por mi garganta y me puse de nuevo en marcha.

— ¿Álex? —pregunté mientras avanzaba pesadamente por los pasillos, quizá estaba en el comedor, por lo que me dirigí hacia allí.

Entré en el mismo como una exhalación, aún con los ojos enrojecidos. Menos mal, allí estaba, desayunando tranquilamente con sus padres y... ¿Kenji? Todos me miraron y juraría que Álex me dedicó una sonrisa.

— ¿Qué haces ahí pasmado chaval? —Me preguntó Saito como si nada— Siéntate y desayuna algo. — Noriko, a su lado, asintió.

— No, no tengo hambre... Álex, ¿puedes venir un momento por favor?

El chico se levantó y me siguió hasta el pasillo iluminado con una tenue luz blanca, la cual atravesaba los grandes ventanales.

— ¿Qué demonios ha ocurrido? ¿Por qué no hemos regresado juntos? —pregunté en un susurro sin más preámbulos.

— Seiya... —me dijo algo serio— Deberías salir un rato fuera y tomar un poco el aire.

— ¿Pero qué dices? No tengo ganas de salir, solo quiero saber...

— Seiya —repitió con el mismo gesto— Sal fuera.

No entendía absolutamente nada, pero quizás tenía razón, me vendría bien despejarme un poco aunque eso suponga no olvidar nunca... de nuevo contuve el impulso de llorar. La realidad me amargaba, el dolor y el pesar me abrazaban para no abandonarme nunca.

El jardín estaba algo más despejado pero la niebla era visible a través de las verjas, densa, como de costumbre. Me senté en los escalones de la entrada y crucé los brazos. Hacía frío, siempre hacía frío, por lo que me cogí las rodillas y agaché la cabeza entre ellas.

Al cabo de un rato, escuché un chasquido y el sonido de la verja, pero con la niebla no pude vislumbrar bien. Pasos apresurados se dirigían hacia donde me encontraba, por lo que me alarmé.

— ¡Papi! ¡Papi!

— ¿Pero qué...?

Una niña, como de unos cinco años, se dirigió corriendo hacia mí. Llevaba un vestido negro con... ¿calaveras? Era morena, con coletas y con unos ojos grandes y verdes que se clavaron en los míos, muy abiertos. Lo más increíble no solo era el término con el que se había dirigido a mí sino que además, llevaba puestos mis pendientes, ambos, en sus pequeñas orejas. El corazón me comenzó a latir tan deprisa que casi no lo podía contener dentro del pecho.

— ¿Qué te ocurre? —me preguntó. Pero yo estaba tan absorto que ni siquiera podía contestarla. La niña miró hacia atrás y observé con atención.

Pasos, lentos y firmes.

Por la niebla no podía ver nada pero pronto se perfiló otra figura. Una sensación recorrió todo mi cuerpo como si me hubiese atizado un relámpago, comencé a temblar y el pulso era ahora tan acelerado que tuve que ponerme la mano en el pecho, me faltaba el aire.

La figura avanzaba lentamente hacia donde nos encontrábamos, alta, imponente, tranquila. A pesar de los temblores que tenía en todo el cuerpo logré ponerme en pie. La niña se aferró a mi pierna y me miraba con una increíble sonrisa de ángel.

La niebla se fue disipando. Las lágrimas de nuevo pugnaban por salir pues había reconocido a aquel ser, sin embargo mi cuerpo no obedecía. Fui presa de la incredulidad.

— ¿Aiko?— preguntó una voz masculina y grave. Reconocí aquella voz. De nuevo observé a la niña, esta seguía sonriente.

Dios mío.

No sé el tiempo que tardaron en reaccionar mis piernas, la niña me soltó y anduve unos pasos pesadamente, hasta que por fin sentí que obedecían y corrí con todas las fuerzas de las que fui capaz.

La niebla por fin se había despejado, dejando ver al ser más maravilloso que había conocido, aquel del que me había enamorado, aquel que había visto morir y que ahora tras veinte años volvía a ver.

No podía gritar, pues las palabras de júbilo me salían en forma de lágrimas, esta vez, lágrimas de una alegría que jamás había experimentado.

Dayu Matsumura estaba frente a mí con los brazos abiertos, y no era una de esas malditas pesadillas. Era real.

Nos fusionamos en un abrazo y enterré la cara en su pecho, no podía parar de llorar, no podía parar de sentir aquello que había anhelado desde hacía tanto tiempo, aquello por lo que había luchado sin descanso.

— Seiya, ya has despertado... —me dijo tranquilo a pesar de que casi no podía escucharle, los oídos me pitaban.

— Gracias, gracias, gracias... —susurré al fin en una voz entrecortada. Le abracé más fuerte y sentí que la niña nos abrazaba a ambos cogiéndonos una pierna a cada uno.

— ¿Papá que pasa?

La niña miraba ahora a Dayu y este sonrió, dejó de abrazarme y se agachó para tomarla en brazos.

— Pasa que tu padre nos ha echado de menos, tesoro.

Me tapé la boca con las manos.

¿Era posible?

Apenas podía procesar todo en mi mente, no podía, en aquel momento. Pero sí tuve la vaga sensación de que Dayu sabía realmente el porqué de mi reacción. Volvió a dejar a la niña en el suelo, la cual comenzó a dar vueltas por el jardín.

— Tú elegiste su nombre, Seiya.

— El nombre de mi hermana...

Nos miramos y él me tomó de nuevo entre sus brazos para darme ahora aquel beso, suave, cálido, reconfortante que tanto había anhelado. Se lo devolví con verdadera pasión, mi cuerpo dejó de temblar.

— Te... tenemos una hija...

— Es la hija que tuve con Noriko, aunque no de la forma en que hubiese desea...

— Te habría roto las piernas, Matsumura. —anunció Saito a nuestra espalda.

Él y el resto de la familia se acercaron a nosotros. Lo comprendí al instante y todos rieron a carcajadas. Noriko nos prestó, por así decirlo, su cuerpo para concebir. Me dirigí a ella para abrazarla con fuerza, hice lo mismo con Saito, con Álex y con Kenji. Todos reían y yo lloraba y reía al mismo tiempo.

Me habían devuelto a la vida.

De repente me acordé.

— Pero... no entiendo nada, en teoría no funcionó, ¿qué pasó? En el entierro... y luego en el hospital cuando nació Álex...

— ¿Es que aún no conoces a tu marido? —preguntó Noriko con una sonrisa.

Me volví absorto hacia Dayu, que sonreía de oreja a oreja.

— En serio, teníais que haber visto vuestras caras cuando aparecí justo después de que naciese Álex. Madre mía la prensa se volvió loca. Tan solo siento haberme perdido el entierro de Asher.

— Siento lo de tu hermano... —recordé, y además caí en la cuenta de que aquella tumba era la de su hermano, Asher Matsumura.

Dayu negó con la cabeza.

— Era su destino Seiya, pero no el mío. Ya lo sabes y ya te lo dije en cierta ocasión. No te vas a librar de mí tan fácilmente, no importa... los sacrificios que tenga que hacer.

— ¿Qué... qué sacrificios?

— No quería ocupar un puesto que no me corresponde. Ese honor... pertenecía ya a otra persona y el muy hijo de puta hasta hizo el pacto con Asgaard, se lo tenía bien llamado. — terminó dirigiéndose a Saito.

— ¿Ah? —me volví hacia este, el cual sonreía mientras mantenía un brazo por los hombros de Noriko. No supe que decir, pero de repente mi cuerpo se inclinó en una reverencia.

— Venga ya chaval, no hagas eso.

— Pe... Pero eres el Señor del Paraíso.

— Solo en funciones. Ha sido mi recompensa por haber servido a Asgaard y este me ha... ascendido. Eso es todo.

La cabeza me daba vueltas, demasiada información para procesarla de golpe. Todo, absolutamente todo había sido un plan muy bien elaborado para derrotar a Azazel. Resoplé y Dayu tuvo que sostenerme, realmente me sentía aún muy débil.

— Bueno, ahora tenemos algo más que celebrar a parte del cumpleaños de Noriko.

— Ah, es cierto, felicidades Noriko.

Esta se acercó y me besó en la mejilla.

— Gracias, Seiya.

Sentí que aquel agradecimiento era algo más.

Dayu de repente se metió la mano en el bolsillo y sacó un anillo plateado, me lo puso en el dedo y me fijé que este tenía la marca de haberlo llevado puesto.

— Pe... Pero si tú odiabas el matrimonio y... odiabas a los niños —susurré más bajo para que Aiko no se enterase.

Dayu se encogió de hombros.

— Después de todo lo que tú has hecho por mí, qué importancia tiene, así que me dije... joder ¡qué demonios!

Estallamos en carcajadas.

Increíble.

Todos se dirigieron al interior para preparar lo que sería una gran fiesta. La pequeña Aiko se plantó de nuevo delante de mí y la observé, poniéndome a su altura.

— Tiene tus ojos...

— Sí.

La niña, mi hija... me abrazó y yo me aferré a su abrazo. De nuevo lágrimas, pero intenté contenerme.

— Pasa dentro cariño —me oí decir.

Obediente, Aiko se marchó cruzando la puerta, con los demás. Aún agachado, me quedé a solas con Dayu en aquel jardín que a pesar de la niebla, estaba inundado de una nueva luz. Me incorporé despacio y sentí aquella caricia, en mi mejilla. Dayu tomó mi rostro con ambas manos y me besó con dulzura.

— Solo yo podía alterar y cambiar mi destino Seiya, tú me ayudaste a averiguar quién era en realidad. Creíste y confiaste en mí, me amaste a pesar del vínculo que tenía con el mal. Y esta, es tu recompensa...

Mi corazón latía con tanta fuerza que pensaba que se abriría paso a través de mi garganta para salir fuera de mi cuerpo. Dios mío, cómo le amaba. Esta vez, tomé la iniciativa y le besé de nuevo, con ansiedad.

— Te había echado tanto de menos...

Una sonrisa pícara.

— Oh...

— Vamos dentro —dijo mientras tomaba mi mano y me arrastraba, literalmente. Conocía aquella mirada sensual, devastadoramente atractiva, y esta vez no me iba a resistir, pues realmente quería, no, lo necesitaba, lo quería fervientemente. Entregarme a él en cuerpo y alma, al que sería para siempre, mi *Ángel de la Oscuridad*.

Fin.

